

tener á todo viento y marea el *statu quo* contra los diversos intereses que contendian en la lucha. ¿Vino, pues, á proteger el desenvolvimiento práctico de las nuevas teorías que se paseaban per el mundo buscando la oportunidad, el tiempo y el caudillo? Preguntadlo á su conducta, seguidle en la vasta carrera de sus reformas, y tendreis una respuesta concluyente. Otros Pontífices comenzaron su carrera política, diciendo al pueblo: "obedece." Nada mas natural, cuando veian en sus felicitaciones el emblema de la paz y del orden. El Sr. Pio IX se encuentra con un pueblo vacilante, dudoso, agitado, seducido, electrizado en suma, por el fanatismo de la época. Comprendió que debía comenzar por la conquista de la voluntad popular, desarrollar un influjo eminentemente político sobre la situacion, y seguir, digámoslo así, en su carrera intermediaria, una diagonal oportuna, para llevar con buen écsito á la restauracion social. ¡Cosa rara! El Sr. Pio IX debió meditar en la restauracion ántes de que se trastornara el orden, y vivir y obrar sobre el porvenir mas que sobre lo presente. Aquella línea era la de las concesiones al pueblo. Suprimidla, y todo está perdido: buscad otra que preferir, y os fatigareis en vano. Las concesiones del Sr. Pio IX fueron de suyo contingentes y transitorias, como la situacion en que se hallaba: hacerlas figurar en el radicalismo es volver á la infancia, ó si se quiere, volver al siglo XVIII, y este tiempo ya pasó. ¿Son, pues,

ellas el dato para juzgar definitivamente la causa del Soberano? No. ¿A dónde tendia, pues, el Sr. Pio IX? No me tardaré en decíroslo, pero escuchadme aún. Bien sabeis que el pueblo, siempre favorecido y nunca satisfecho, intentó llegar hasta un punto vedado por los principios de la moral política, y señalado en las últimas ecsageraciones de la democracia, como el gran pórtico del porvenir, y qué sé yo si como el palacio del socialismo. ¿Y qué sucedió entonces? ¡Oh momento perdurablemente célebre, eminentemente glorioso para el primer pesonage de los Estados romanos! Arribando el pueblo á este punto, Pio IX, inspirado juntamente por la religion y por el patriotismo, y revestido de aquella magestad imponente que le daba la situacion, pronunció el *non plus ultra*, y levantando hasta los cielos el inamovible valladar, falló definitivamente y sin apelacion la causa de los partidos.

Su salida de Roma, su mansion en Gaeta, esta mansion donde recogerá la historia todas las tribulaciones del destierro y todos los esmeros del mundo católico para con la persona de su augusto Gefe, es la demostracion palmaria y el argumento práctico de una prudencia consumada, de una alma superior al mundo conmovido, de una firmeza incontrastable y un carácter político de primer orden.

A estas consideraciones os llamo, señores, no para convenceros, porque repito que soy el órgano de vuestras ideas; sino para fecundar vuestro regocijo

mentos desastrosos, habeis presenciado el milagro político de esta especie de salvacion, á pesar de los obstáculos todos que le opusieran las tendencias diversas de nuestro siglo: ¿qué fruto, decidme, qué provecho sólido y positivo habeis conquistado para los grandes intereses de vuestra eterna salud, al cabo de esta revista inmensa que habeis pasado con vuestro espíritu á todas las cosas de hoy, y al volver á vuestro raciocinio de esa profundidad insondable en que os habia tenido sumergidos una contemplacion verdaderamente sublime? Yo responderé por vosotros con las palabras del Profeta—rey, diciendo aquí, sobre un desengaño tan ilustre, que la sociedad perecerá sin Dios, porque en El y solo en El está su salud; que El es el único que posee la clave de la esperanza, porque es el único dueño de la eternidad: que todas las teorías en que la soberbia de los filósofos y políticos ha intentado en todos los siglos vincular los destinos de la sociedad, son apenas brillantes nubes que burlan el contacto al momento crítico de la prueba; porque no hay en los hombres mas que vanidad y mentira (1): que el poder está en Dios, y en su seno se adunan y conciertan la justicia y la misericordia; *potestas Dei est* (2): que el poder está en Dios, porque El es el Arbitro supremo de la paz y de la guerra, y por El viven y prosperan, y sin El irremediabilmente perecen las naciones: *potestas Dei est*: que

(1) Ps. LXI, v. 10.

(2) Ps. LXXI, vv. 12 et 13.

el poder está en Dios, porque Dios es la torre fuerte que la verdad y la virtud, los pueblos y los reyes pueden levantar contra sus enemigos (1); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque habla, y los contrarios de la verdad y la justicia, como la cera que se derrite son desechos, cual combustibles bajo el fuego son consumidos, y se resumen en la tierra, como el agua que pasa, y al *fiat* irrevocable del Señor, tornan de nuevo á la nada (2); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque su nombre es el símbolo de la vida y el heraldo seguro de la victoria, porque El se ha hecho manifiesto en todo el universo, dejando escuchar su voz en los grandes acontecimientos que presenciarnos (3); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque ha sujetado los pueblos, y hecho caer las naciones enteras á los piés de los que le representan en el mundo, porque El es el Señor Supremo de toda la tierra, y recoge desde el trono de Su Magestad los himnos de toda la creacion; porque reina y ha de reinar sobre todas las sociedades, porque le han rendido la obediencia los supremos gefes de las naciones, y porque ha dado la fuerza para vencer los ejércitos al robusto brazo de los héroes (4); *potestas Dei est*: que solo Dios es grande por lo mismo, y á El esclusivamente corresponden prez eterno y

(1) Ps. LX, v. 4.

(2) Ps. LVII, v. 8 et 9.

(3) Ps. XLIX, v. 3.

(4) Ps. XLVI, vv. 3, 4, 8, 9 et 10.

alabanza sin fin en esa *nueva Sion* donde reside el Vicario de Jesucristo, en esa Iglesia Santa fundada con el beneplácito y entre las aclamaciones espontáneas del universo admirado, para ser la capital del nuevo reino; en esos palacios suyos, desde donde le reconocen y aclaman todos los pueblos, y en cuyos muros han venido á reunirse con las miradas todas, el asombro, la conmocion y el culto de los reyes que se habian conjurado contra ella: en esa *Roma eterna*, simbolizada por el Profeta, á la cual bastaron algunos pocos meses de soledad transitoria, para llevar el terror á todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y henchir de amargura el corazon de los príncipes (1): *potestas Dei est.*

Venid, pues, ó pueblos todos, los que habeis admirado la obra de Dios, erigida sobre las ruinas de la obra de los hombres; poned atento el oido, vosotros todos los que cubris con vuestras moradas la superficie de la tierra, opulentos y miserables, nobles y plebeyos; venid á escuchar estas cosas que la sabiduría de Dios ha puesto sobre mis labios para cantar sus alabanzas y publicar su gloria. No soy yo quien os convoca al rededor de la nueva Jerusalén, sino el cantor sublime de la misericordia, de la bondad y del poder del Altísimo (2) venid á presenciar el objeto mas grande y mas consolador que puede ofrecer vos vuestro pensa-

(1) Ps. XLVII, vv. 2, 3, 4, 5, 6 et 7.

(2) Ps. XLVIII, vv. 2, 3, et 4.

miento, el mundo todo sacudido por el brazo de la misericordia divina: venid para fecundar en su presencia vuestra esperanza, y verter al pié de sus tabernáculos augustos, las aflicciones y las penas de vuestro corazon. *Sperate in eo omnis congregatio populi, effundite coram illo corda vestra* (1): venid á rendir á Dios los tributos de vuestra adoracion y los homenages de vuestro reconocimiento, al contemplar la grandeza y sublimidad de sus obras: *Venite et videte opera Dei*; al verle pasar su cetro por todas las cosas del tiempo y de la eternidad, y clavar sobre las naciones los ojos de su providencia, para que vayan á perecer en su orgullo: *Dominatur in virtute sua in æternum, oculi ejus super gentes espiciunt: qui exasperant non exaltentur in semetipsis* (2). Bendecidle, pues, ¡ó naciones! y haced resonar en toda la tierra los himnos de su alabanza: *Benedicite gentes Deo nostro: et auditam facite vocem laudis ejus* (3).

Y vos, ¡ó Señor! que desde el trono eterno en que residís antes que la luz brillara sobre el orbe, dejais caer vuestras miradas de misericordia sobre los mismos que os desconocen y ofenden, volved á nosotros, y no nos abandonéis jamas. A vos levantamos nuestro espíritu, y en vos colocando nuestra confianza humilde, os pedimos que no nos confundan jamas nuestros enemigos. En

(1) Ps. LXI, v. 9.

(2) Ps. LXV, v. 7.

(3) Ibid. v. 8.

buena hora que se cubran de rubor y de espanto los que siempre rebeldes han persistido en su iniquidad; mas ábranse vuestros caminos delante de nuestros ojos, pues que llorando nuestros extravíos, convertimos nuestro corazón atribulado á vuestra misericordia, y os pedimos remedio y salud para todos los que confesamos vuestro Santo Nombre (1), los que hemos amado el decoro de vuestra casa, viniendo á reconocer en ella la residencia sublime de vuestra gloria (2): los que os invocamos en el embate y os reconocemos en la caída vergonzosa de nuestros adversarios; los que á vuestra sola vista, echamos las almas, y la cobardía y el temor fuera de nuestro corazón ante los campos enemigos: (3) los que vemos los cielos afirmados por vuestra palabra, y brillar el concierto y la hermosura por la eficacia de vuestra voluntad en toda la naturaleza (4): los que hemos gustado y visto la suavidad inefable de vuestra presencia, y hecho una experiencia dulcísima de la felicidad con que coronais la confianza de vuestros hijos (5). Volved, repetimos, los ojos de vuestra misericordia hácia la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros pies. Radicad para nuestro consuelo y nuestra esperanza en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habeis confiado el

(1) Ps. XXIV, vv. 1, 2, 3, 4, 6, 7, et 11.

(2) Ps. XXV, v. 8.

(3) Ps. XXVI.

(4) Ps. XXVII, v. 32.

(5) Ps. XXVIII, v. 9.

gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábase de afirmar esa paz que solo ecsiste donde se respeta vuestro nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores, entre la basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que antes bien, fijos los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y ecsalte allí la hermosura de vuestra gloria (1). Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmoción inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra sin duda es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror, al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbación espantosa de la tierra. No resta, pues, ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagais resplandecer en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la estinción de los ódios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbastis eam; sana contritiones ejus* (2).

(1) Ps. XLIX, v. 2.

(2) Ps. LIX, v. 4.

y electrizar vuestra admiracion. Me equivoco: no para arrancaros tributos estériles á la gloria humana, sino bendiciones sin fin á la gloria católica, á esa gloria superior á los incienso de todo un mundo embriagado por la admiracion y el entusiasmo, y á los grandes reveses que traen siempre consigo la falsedad de la política, la inconstancia de las opiniones y la ingratitud de los pueblos. Bajo el influjo contradictorio de estas dos situaciones, el Sr. Pio IX se mostró siempre igual, y en consecuencia, siempre digno de la eleccion que de su persona hizo la Providencia, para conjurar la tempestad mas funesta que podia venir sobre la sociedad.

¿Cuál fué, pues, repito, la mision del Sr. Pio IX? Apoyado en cuanto he dicho en el presente discurso, sin fijarme en el carácter privativo de la revolucion de Roma, ni en la fisonomía histórica de la revolucion italiana, ni en las particularidades diversas que se han podido distinguir en los movimientos varios de los Estados de Europa; sin hacer tampoco un resúmen, que considero innecesario despues de haber querido recoger en la persona del Sr. Pio IX todos los acontecimientos, y sirviéndome, sí, de estas recapitulaciones parciales que he venido sembrando á propósito, como puntos de una final aproximacion, os diré: que EL EMINENTISIMO SR. JUAN MARIA MASTAI-FERRETTI vino al pontificado en las circunstancias presentes sin mas influjo que el de Dios, igual para todos los soberanos; y sin privativas obligaciones para ninguno, á fin de salvar

la Europa toda, y con ella el mundo político, abriendo en ciertos puntos cuantos conductos fuesen indispensables para que se desahogase la sociedad sin perecer inevitablemente, como de otra suerte hubiera sucedido. Y así se verificó á la letra, señores: el Pontífice-rey no ha encontrado al mundo en su regreso á Roma, como le halló en su advenimiento al trono. Encontróle, es verdad, agitado, conmovido, incierto, presa todavía de las alarmas; por sus enemigos ocultos habia dejado ya las tenebrosas cavernas, para brotar al campo de la lid; habian perdido en el combate franco de dos años las provisiones atesoradas durante medio siglo; si la causa de la ley y de la autoridad, si la misma causa del poder temporal de los Pontífices penden todavía de las dudas en el problema del porvenir, esto nada importa para la cuestion presente, nada importa para la mision sublime del Sr. Pio IX, nada importa para los destinos enteros de la Iglesia católica; nada contra el verdadero y sólido triunfo que la religion ha reportado con sus principios, con sus garantías y con sus vínculos eternos de caridad en este grande acontecimiento; nada, por último, contra la evidetisima verdad que me propuse desenvolver en la segunda parte de este religioso discurso, considerando la paz de las naciones como un hecho de consecuencia en la gloria de Dios.

Yo bien sé que no hay una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoría de las transiciones; que

las escageraciones políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los Papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados muy poderosos se hallan hasta hoy profundamente encubiertas; que las verdaderas intenciones de la Francia en la cuestion del Sr. Pio IX han sufrido y sufrirán todavía una empeñada discusion; que el ilustre y santo Pontífice ocupa hoy en Roma la silla de sus predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz; y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo muy pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez, y en un pais extranjero. Lo sé. . . . Pero tambien sé, que Dios nos ha hecho sentir de mil maneras sus misericordias, que la misma vuelta del Sr. Pio IX es un presagio feliz; que el carácter de su mision es un argumento de bondad; y para un mundo que iba infaliblemente á perecer en la mas tremenda explosion que imaginarse pudo, valiosa conquista es la de salvarse, aunque sea con algunos de sus dolores; que ha conseguido infinito aquel con solo haberse descargado ya del tósigo mortal que abrigaba en sus entrañas, y al que hubiera sucumbido sin duda, sin embargo de la ciencia y del arte, si la Providencia, dejando caer sobre sus miserias profundas una

mirada paternal, no le hubiese deparado, con la escaltacion, la conducta, los sacrificios y la oracion eficaz de tan gran Pontífice, un medio de salvacion que ya parece incuestionable. ¿Seguirá la guerra? ¿continuarán los partidos? ¿Nuevas conmociones agitarán la sociedad? Nada mas fácil, católicos; el mundo siempre es mundo, y el hombre siempre es hombre; pero nada concluyais de aquí, ni contra la gloria de Dios, brillante en el suceso que celebramos, ni contra la paz de los hombres, noble y santamente garantida en esta gloria de Dios. Nuevas nubes oscurecerán el horizonte, nuevas tempestades atronarán á los pueblos, nuevas miserias y nuevos crímenes vendrán sobre el género humano. ¿Pero qué concluir de todo esto? Jamas un católico cuenta para sus principios, sus esperanzas y sus vínculos inmortales, con una dicha no interrumpida y una paz permanente en la tierra. ¿Se trata de la Iglesia? Es militante por naturaleza, atraviesa por entre las borrascas, y vive siempre de victorias. ¿Se trata de la sociedad civil? Ella tambien hace su travesía, por un *valle de lágrimas*.

Seguid, pues, en esa carrera ilustre á par que santa, ¡gran Pontífice, insigne Soberano! Dejad que vuestro corazon, que ha recogido los tributos y sufrido tambien las adversidades de todo un mundo, se abandone al movimiento generoso que todos admiran y bendicen al contemplar vuestra persona. Llenad esa mision de salud que habeis recibido de las alturas del cielo, no solo para conducir la nave

del pescador por entre las tempestades mil que han de agitar siempre á la Iglesia de Jesucristo; sino tambien para salvar estas sociedades políticas, víctimas deplorables de las tiranías de la razon estraviada por la filosofía incrédula, y del cisma funesto entre los intereses materiales, que forman el espíritu de nuestro siglo, y los intereses morales, que constituyen el objeto social de los principios católicos. Si una *cruz de madera salvó al mundo* de la idolatría, de la ignorancia, de la barbarie, del despotismo y de todas las tiranías, no será impotente la triple corona que dignamente portais; pues que Dios la ha dejado caer sobre vuestras sienes para salvar de entre el orgulloso desden del filosofismo estas sociedades diversas de quienes os ha tocado ser contemporáneo. Ya sabeis, ó Pontífice, que se os ha prometido la sabiduría y el acierto, con las palabras de salud y de vida que han de bajar del Espíritu de Dios á vuestros labios, cada vez que el espíritu del siglo llegue á presentaros sus grandes tentaciones (1). Contemplad este mundo milagrosamente vuelto hácia vos con la esperanza, y unido á vos otra vez con la caridad. Aceptad esa voz de *fraternidad* que ha salido de Francia; pero haced entender á las naciones, que esta fraternidad será una mentira, mientras la divina y santa maternidad de la Iglesia no se admita como una verdad.

Por lo que á mí toca, si despues de haberos ha-

(1) Math. cap. X, vv. 19 et 20.

blado en nombre del mundo pendiente ahora de vos, augusto y santo Pontífice, me es permitido venir al círculo particular en que la Providencia me ha colocado, llamando vuestras miradas á estos remotos paises, que ha visitado antes vuestro corazon, á esta República mexicana, á esta santa Iglesia y Estado de Michoacan; vos vivireis siempre en nuestra memoria, y al través de todos los sucesos y vicisitudes que hayan de embarazar la marcha del porvenir, vuestro nombre será respetado y bendito en la gratitud de todos los mexicanos; y esta Santa Iglesia Catedral le trasmitirá siempre con respeto y con amor á todos nuestros sucesores en las sillas que ocupamos, á par de este privilegio de honor (1) con que habeis querido legarnos un monumento de vuestra munificencia, y con que hemos aceptado una obligacion tierna y dulce de gratitud.

Y vosotros, católicos, vosotros á quienes ha sido dado presenciar una de las mas fuertes conmociones de la tierra, asistir al tremendo espectáculo de una conflagracion inaudita, en que parecian ir á quedar inmolidos con los principios, todos los recursos y hasta las últimas esperanzas del porvenir: vosotros que aislándoos con vuestro pensamiento del globo que habitais, para verle bogar en el espacio inmenso por entre reiteradas borrascas y ele-

(1) Alude aquí el orador al vestido morado que portan los capitulares de esta Santa Iglesia Catedral, por una concesion espontánea del Sr. Pio IX.